

Baile sin fin

Por: Diego Andrés Espinoza Uribe

Aún recuerdo aquellos días de mi infancia. Veo a Alicia, mi madre, quien bordaba punto de cruz junto a la luz de la vela, bordaba flores e ilusiones, bordaba mi infancia. Las rachas de viento y el frío invierno colándose entre los agujeros de las paredes, hicieron mella en mí y en mi padre, Antonio. Mis hermanos corrían por el estrecho pasillo de la casa, jugando a oscuras, a veces gritando, otras susurrando; a veces golpeando las puertas agrietadas y malogradas por el tiempo y la humedad.

Leía desde niño, amaba las letras. Sin duda las muchas historias marineras que mi padre me contaba rondaban en mi mente. Descubrimientos, viajes y naufragios se repetían noche a noche. Fui creciendo en el antiguo Barrio Yugoslavo, vivía al lado del río y mucho de lo que vi ahí fue motivo de algunos de mis escritos. El arte me conquistó. Grité a los cuatro vientos mi visión de la vida, el respeto que merecen los estudiantes y las mujeres.

Algunos dicen que con mis ideas me adelanté a mi época. Otros dicen que la vida dura me permitió tener una fuente de inspiración poderosa que brota en las hojas de cuadernos y se toma la palabra.

El teatro se transforma, deja las salas y sale a la calle, las ideas vuelan en total libertad, los zancos, los vestuarios, las máscaras y los disfraces llegan a deleitar al pueblo y recorre el mundo que agita pañuelos blancos y aplaude las presentaciones que se repiten y se interpretan con luz y en oscuridad.

Dicen algunos habitantes del Barrio Croata que en el silencio de algunas noches de viento se escucha una voz que dice: Andrés Pérez Araya no ha muerto. Él danza en un baile sin fin.